

Casete sin título

— ...para ellos eres una Santa —dije.

— ¿Una Santa? No seas idiota, sólo me utilizan, lo sé pero a mí me conviene. Todo lo que ves viene de ellos. ¿Por qué crees que tienes que hacer cuentas con él cada semana? José es uno de los juramentados y eso lo sabes, maneja las cuentas de la Santa Iglesia, es el dinero que llega por vender el cielo al mejor postor, por perdonar la traición y el asesinato... convierten la suciedad de los hombres en oro. Ese es su verdadero milagro. Se quedó en silencio, tomó la cajetilla y encendió otro cigarro. Su respiración era agitada, noté que sus manos temblaban. Dio una larga fumada. A la luz del quinqué, su sombra danzaba encadenada con amargura sobre la pared de la bodega. Prosiguió:

— Las guerras se crean por las envidias del poder, se alimentan con dinero y crecen en el odio. En ellas se crean héroes o traidores, pero nunca santos. Quien quiera hacer creer lo contrario es un loco o un perverso que pretende aprovechar la fe de inocentes para proteger sus extravíos...

Sentí que ella tenía más cosas que decir pero no tenía la voz para hacerlo. El aguadal se le desbordó por dentro pero las lágrimas que le brotaban parecían no pertenecerle.

Dos días después fui a hacer las cuentas del negocio con don José, platiqué lo que ella me había contado, él pareció sorprenderse, entonces comprendí que debía haberme quedado callado.

Al otro día ella no llegó como siempre para abrir la bodega. Con las primeras luces, dos gendarmes fueron a buscarme, su sirvienta la había encontrado muerta en su recámara. Cuando llegué, la vi sobre su cama, la boca abierta en un grito interrumpido en el corazón de la noche, sus ojos fijos en el techo aún reflejaban el terror del momento, la herida parecía una pitaya roja reventada en medio del pecho. Tirados en el piso: un crucifijo y una biblia.

Presentí estar frente al precio de mi indiscreción. Luego recordé aquella frase: *Dios está de por medio*. Aquel día expulsé todas las lágrimas de mi pecho, incluso el alma.

Beatriz I

La tierra no soportó más, un gemido desgarró sus entrañas y por la ladera norte vomitó sus dolores en forma de agua; peñascos y árboles saltaron aterrorizados ante el repentino lamento; el estrépito cimbró el valle en la oscuridad. Una gran ola de montaña líquida cayó sobre el caserío aún aturdido por la noche. En su estertor la tierra expulsó a los muertos de sus tumbas y se arrastraron por el pueblo empujados por la corriente. Así vinieron por nosotros.

Los muros de la casa cayeron sobre mis padres, no tuvieron tiempo de saber que el agua negra los estaba comiendo, yo lo vi pero el miedo me tapó la boca y la inundó de silencio, solo atiné a detenerme de una viga tambaleante en lo que quedaba de techo, mi hermano no pudo, él, desde su miedo gritaba para que lo sacaran de ahí, pero qué caso, la gente tenía oídos solo para sus desgracias, creo que en uno de esos gritos se le metió la muerte, por eso, se fue soltando como resignado, cuando cayó no hizo ruido, el agua se lo tragó de un bocado, no hubo manoteos ni mas gritos, solo vi su cobija que como sombra se fue flotando en la corriente, me quedé temblando con los ojos apretados para no mirar, no fuera a ser que a mí también me entraran las ganas de soltarme.

El día amaneció claro, como si nada, el agua se había ido así como llegó, dejando un lodazal. Debajo de mí, la mano de mi padre, enmugrecida por el lodo, sobresalía entre los adobes, parecía despedirse, yo lo miraba para ver si se movía, uno de sus dedos estaba retorcido como charamusca, las moscas empezaron a zumbar alrededor, primero una, luego otra, verdes y gordas como mayates, después me cayó el sueño, hasta que la gente que quedó, salió del susto y empezó a trajinar por el pueblo, unos gemían, otros gritaban preguntando por los que ya no estaban.

Cuando por fin llegaron hasta la casa, no quería bajar, no fuera a ser que regresara el agua. Luego de un rato me convencieron, querían que buscara a mi hermano. Les dije que había visto cómo se lo había tragado el agua cuando se le metieron las ganas de morirse, pero ellos no hicieron caso, querían que bajara, luego se pusieron a quitar los adobes para sacar primero a mí padre, a él lo sorprendió el fin cuando aún no regresaba del sueño, parecía dormido muy quieto entre aquel negro lodazal. Encontrar a mi madre les costó más trabajo, la corriente la arrastró hasta una esquina del jacal, ella estaba como si se hubiera dado cuenta de lo que pasaba, con ojos y boca bien abierta, llena de tierra, tenía la mano en la cara como si hubiera querido espantar la muerte.

El pueblo había quedado destruido; todas las casas por ningún lado, muchos ya no estaban, a unos se los había tragado el agua, a otros la tierra, no sé cuantos hayan despertado solo para que los alcanzara el sueño eterno.

Como dormido, caminé por el pueblo para arriba y para abajo, por mis ojos entraba la pura destrucción. Lo único que se salvó fue la iglesia y allí, delante de ella amontonaron los cadáveres. A los difuntos viejos junto al muro de la entrada y a los nuevos bajo el fresno para que el sol no los hinchara. Los más antiguos que quedaron completos fueron alineados con sus carnes grises como madera seca y sus dientes al aire, algunos parecían reírse de los recién llegados, otros gritar en silencio con el dolor de los abandonados, a un lado fueron amontonando los huesos blancos llenos de lodo que encontraron desperdigados por el pueblo: calaveras, quijadas, costillares, brazos y manos secas que habían perdido sus cuerpos... pedazos de ropa. A mi hermano lo encontraron allá por la salida del barrio de abajo, ahí no quedó nada en pie, dijeron que estaba enredado entre unos espinos, bajo el tronco de un árbol que arrastró la corriente. La gente quería que yo fuera, pero no quise verlo.

Por ese rumbo, hallaron también a don Chavín y a doña Juana, dicen que los encontraron entre perros y gallinas muertas, el aguadal no hizo distinguos. Más para allá, en el plan encontraron la demás mortandad, fueron muchos, casi medio pueblo. Poco a poco los trajeron a todos, los fueron acomodando uno al lado del otro, la hilera fue creciendo, y al rato el fresno no alcanzó, las hileras de difuntos casi llenaron el atrio. A los animales no los trajeron, a ellos los dejaron allá. El sol apretaba, era la hora en que se come las sombras. A Filiberto y a mí nos dejaron a la entrada del atrio para espantar a los perros que quedaban vivos y a los zopilotes que comenzaron a oler la tristeza, la noticia corrió pronto, llegaron las gentes del mesón y comenzaron a llenar de cal los cuerpos, todo aquello se llenó de blancura.

Al otro día bajé hasta donde habían quedado los restos de los animales, se veían hinchados, la muerte les había empezado a crecer por dentro, el olor a podrido se metía por los ojos, nos pusimos unos paños en la boca, pero aquella pestilencia se pegaba al cuerpo, a unos nos tocó quitar las ramas, a otros juntar animales y los fueron amontonando, el cerro sin vida se fue haciendo más y más grande, luego al maestro Fabián a quien le decíamos "El Abrojo", sacó una lata de petróleo que vació en aquel cadaverío y le prendió fuego, la lumbre brincó como si de repente hubiéramos traído un pedazo del infierno, el chirrido de la chamusquina era la risa del demonio. Entre las llamas los animales se retorcían de un lado para otro, querían mirarme con sus ojos en blanco, reventados como huamúchiles maduros, no podía voltear para otro lado. Los demás se fueron, yo me quedé ahí hasta las campanadas del rosario; cuando llegué hasta el templo,

desde ahí se divisaba la humareda, el olor de la carne achicharrada quedó rondando por el pueblo muchos días.

A los difuntos nuevos les hicieron una misa, ellos en el atrio y nosotros, los que quedamos, adentro, todo era quejos y llanto, la gente quería sacar el agua mala que les había entrado, no quise mirar a mi padre, tampoco a Juan mi hermano, solo a mi madre, yo sabía que ella no tenía culpa. Esta vez no hubo cohetes ni procesiones, como pudieron los fueron llevando al camposanto, la gente no se daba abasto, el Señor Cura Gabino, de un lado para otro echando rezos y agua bendita, no quería que ninguno se le fuera sin bendición, a unos les tocaba rezo a otros más agua, en el camposanto los hombres escarbaban entre el lodazal; con todos atareados en la enterradera, tuve tiempo de recorrer la hilera de cuerpos viejos, traté de encontrar a Beatriz pero no estaba.